

La Humanidad Hace 20,000 Años



ruinas de los antiguos bosques transformadas en limo, frugiféronse forestas nuevas de coníferas de toda especie por entre cuyos pies ramparon ó saltaron, con gritos salvajes, bestias extraordinarias.....

Pasemos miles de años. La época secundaria ha desaparecido como una pesadilla. La naturaleza se tranquiliza, el tumulto se calma. En los numerosos islotes, cuya soldadura forma nuestra Europa actual, la diferencia de las estaciones produce una variada vegetación. La animalidad afecta formas menos sorprendentes. Los insectos son nuestros insectos; los peces, nuestros peces; los lagartos han degenerado: los mayores no difieren de nuestros cocodrilos. La tierra pertenece á los mamíferos, formidables. Existe el dinotherium, un animal de cinco metros de largo; el broutops, semejante al rinoceronte; el mastodonte, que es un elefante; el machairodus, como un tigre gigantesco; y el mesopiteco, un mono. Hay especies que se asemejan á las gacelas, á los asnos, á los caballos, poblando valles de temperatura tropical. Hay bestias feroces luchando por saciar su hambre siempre nueva, y animales fugitivos á los que el imperioso deseo de vivir tiene las piernas alertas..... En tanto, la tierra, que parece dormida durante largo tiempo, comienza, de nuevo, á estremecerse. Súrcanla formidables arrugas, que son los Alpes, el Himalaya; aparecen nuevos cráteres.....

Pasemos siglos..... Después de un período de calor y vegetación intensa, un viento helado llega del Norte. Acumílanse las nieves, los témpanos rodean las cimas y descienden hasta los valles. Nuestra tierra, durante la época cuaternaria, es en parte un pantano fangoso, en parte una vasta Groenlandia. De estas soledades desoladas, el elefante meridional, el gran ciervo megaceros, el hipopótamo.... han huido. Resuena el tardo paso del mammut, los aullidos del oso de las cavernas, del rinoceronte de narices partidas. Galopan los caballos y comienzan á bajar de los polos, los innúmeros rebaños de renos, cuyo nombre quedará unido al recuerdo de los últimos períodos de la edad de piedra.

EL HOMBRE COMIENZA A REVELAR SU INTELIGENCIA

Y en este instante en que es la naturaleza más áspera y más avara, en que el hambre inquieta á las feroces bestias —el león, el tigre, la hiena,—comienza á revelarse la inteligencia del hombre. En fuerza de explorar las secretas tinieblas del suelo, por bajo las rocas que conservan las huellas de conchas y helechos, bajo los sitios en que están los esqueletos espantables de los monstruos, encima de las terribles mandíbulas del período terciario, en las grietas, en las cavernas, encuéntranse venerables objetos de piedra. Su forma no se asemeja á nada conocido, mas algo de intencional aparece en su estructura. No es un cataclismo lo que la ha transformado, sino un choque intencionado; la huella de una percusión es visible: los sílex rodados por los torrentes han sido retocados por la mano del hombre. Son armas rudimentarias, contundentes, groseras, llamadas en el "argot" científico-moderno "puñetazos," con las que nuestros antepasados, desnudos, lucharon contra la animalidad provista, para la defensa, de garras y de zarpas. Alrededor de estas armas se amontonan los esqueletos de los animales muertos.

En las mismas regiones la ciencia recoge frágiles restos que, yuxtapuestos, adoptan la forma de cráneos pesados, toscos, de rudas mandíbulas, pero ya propios para contener cerebros pensadores; los cráneos de los primeros hombres. Y, desde entonces, síguese paso á paso el despertar de la humanidad, el despertar de la industria. Los perfeccionamientos obtenidos en la labor de la piedra marcan las épocas. Después de la primera comienzan los sílex á ser tallados regularmente en óvalo. En una gruta hállanse en forma lanceolada; adquieren los instrumentos variedad. Bien pronto aparecen en forma de raspadores, de láminas, de puntas. Comienzan los inviernos interminables, de lluvia y nieve, de reclusión en las grutas. Entonces se inician los adornos y retoques de los útiles con astillas de cuerno y de hueso.

Llega después la época artística, la de los cazadores de renos que cincelan arpones, broches de marfil en figuras animales, que cubren las paredes de sus cavernas de finos grabados rellenos de ocre y de betún, representando con un realismo maravilloso la carrera salvaje de los renos ó el encuentro del bisonte con los cazadores. Esta época cierra los tiempos glaciales. Los animales originarios de climas fríos han tornado al Norte. Por un cataclismo aún inexplicable, el hombre artista é industrial ha vuelto á caer en la miseria y la impotencia. Diluvios que bajan de las montañas cubren la tierra de lagos y pantanos. Han sido precisos millares de años para el arte de los cazadores de renos: treinta ó cuarenta siglos precisarán, de nuevo, para que se pruebe el esfuerzo de una nueva humanidad. Aquí y allá, objetos dispersos lo atestiguan. Encuéntranse restos de aldeas..... Después, un progreso industrial: la alfarería. En el légame de los lagos, los hombres construyen sus moradas sobre postes. Y llega, en fin, la edad de la piedra pulida en forma de hachas, de arracadas. Nuestros rudos antepasados construyen tumbas y monumentos funerarios. Domestican animales, cultivan cereales, recogen el oro y el cobre. Más tarde, con el cobre y el estaño, inventan el bronce, lo cincelan, lo graban y hacen de él armas y alhajas. Con la edad del bronce terminan los tiempos prehistóricos. La historia comienza.

LA VIDA EN LAS CAVERNAS.—EL REPOSO

La tribu se ha acostado la víspera, reunida por el hambre y el frío, que es terrible y agota las fuerzas humanas. Un rebaño de renos ha pasado al galope. Se les ha perseguido. Es por medio de la fatiga de la carrera que el hombre acostumbra á cazarlos. Se les han lanzado piedras con la honda..... Pero el reno es una especie recién bajada del Norte y el hombre no está aún al corriente de sus mañas: el animal ha fatigado al cazador.

Durante el crepúsculo toda la tribu ha trabajado preparando una trampa. Con sílex aguzados se ha excavado una profunda fosa, recubriéndola de ramajes, en el camino que siguen las bestias nocturnas. El azar hará, quizá, que una pieza caiga en el cepo. En tanto, en la caverna, en que el agua muerta pone estalactitas, todos duermen, acostados en el suelo y estrechándose unos á otros para conservar más calor. Una llama vigilante luce entre las piedras. Groseras emanaciones de las túnicas de pieles endurecidas y de los alientos, llenan las grutas. Hay montones de huesos roídos; es más bien aquello una guarida de fieras que una habitación humana. Duermen á medias, alerta el oído por los rugidos y los aullidos que pueblan terriblemente el sil-

encio de la noche. A veces de la bolsa de piel que cuelga del costado de las madres, se lleva un vagido: una boca infantil busca el seno materno, lo encuentra y se calla. Durante el sueño, los hombres saben la hora por los ruidos que escuchan: hay una hora en que la hiena ríe como una



Pocos asuntos tienen el poder de despertar tanto la curiosidad como éste. El hombre actual gusta, naturalmente, de conocer la evolución por que ha pasado el tipo humano, desde las épocas prehistóricas hasta nuestros días. Estamos seguros, por tanto, de que nuestros lectores verán con gusto este artículo, arreglo compendiado de un brillante estudio debido á la pluma de Octavio Béliard y publicado hace apenas quince días en París.

Antes de imaginar lo que fué la vida de los primeros hombres, y para evitar divagaciones de la fantasía, no será inútil resumir las diversas hipótesis emitidas hasta el día acerca de la época en que apareció el hombre sobre la tierra.

Anteriormente, y durante siglos, fué la tierra conmovida por cataclismos. Bajo un cielo rojo, en una temperatura de fragua, brotaron helechos fantásticos, lleópodos gigantes. Las aguas marinas mecían la somnolienta vida de los zoófitos, moluscos, crustáceos y peces; nubes de insectos zumbaban en el aire. Este fué el período primitivo.

Todavía durante un número incalculable de años, continúa actividad del fuego subterráneo; derrumbamiento de mundos, mares que se forman, montañas que surgen..... y la época secundaria cubrió la tierra de monstruos formidables, ensayos de una naturaleza en delirio. Sobre las

vieja, la hora del cerval y del león; y cuando el gran ciervo comienza á bramar en la cumbre de la ribera, del otro lado del agua, es que el horizonte va á rosearse al oriente....

LA TRIBU DESPIERTA.—LA CAZA.

Repentinamente alguien se incorpora en la sombra y lanza una ronca llamada. Es Brah, el patriarca. La tribu se pone en seguida en pié; se murmura, atropellándose, arrojándose. Salen, arrastrándose, por la estrecha abertura, casi obstruída por las osamentas abandonadas. Aún lucen las estrellas en el cielo; las aguas tumultuosas del río corren, llevándo témpanos pesados, entre dos altas riveras agujereadas por estas grutas de donde el Troglodita desalojó á los osos para guarecerse él. De una caverna á otra van voces que llaman y se responden, mientras salen de todas las guaridas hombres y mujeres llevando sus pequeños. Las hembras no son muy diferentes de los hombres. Grandes cabelleras lacias, ojos en la parte superior del rostro, muy poca frente y grandes mandíbulas, los dientes aguzados y descubiertos, músculos tensos como cuerdas. Bajo estos cráneos rudos la idea no es sino una chispa fugitiva, pero ella crece obscuramente. La gran preocupación es ma-

(Sigue en la 5a. plana.)